

DISCIPULADO EN CÉLULAS
TEMA 1 - “VIDA DEVOCIONAL”
LECCIÓN 1 - “LA ORACIÓN”
CAPITULO 8



**Y NO NOS METAS
EN TENTACIÓN**

En un primer momento “Y no nos metas en tentación” parecería ser una petición muy sencilla. Pero, ¿lo es en realidad?

¿Sería capaz Dios de conducir a alguien hacia la tentación? Ninguna persona que verdaderamente ama a su Padre que está en el cielo desea ser tentado. No queremos desagradarle. ¿Quién quiere ser arrastrado hacia el mal? No tenemos ningún deseo de hacer lo malo, ¿no es cierto?

Con seguridad que Dios, nuestro Padre, lo sabe. ¿Por qué, entonces, habría de ponerle la tentación en el camino a alguien? Acaso lo hace realmente ¿Nos coloca en situaciones donde seremos, o por lo menos podemos ser tentados?

Cuando comenzamos a analizar este ruego empezamos a darnos cuenta de que no es tan sencillo como parece. Los interrogantes que se nos vienen a la mente requieren una respuesta. ¿Entendemos realmente el papel que desempeña la tentación en la vida del creyente? ¿Sabemos cómo hacerle frente cuando realmente se hace presente? ¿Entendemos claramente por qué es necesario que le pidamos a nuestro Padre que nos guarde de la tentación?

Haremos bien en tener presente que cuando Cristo Jesús les enseñó a los discípulos esta oración, él mismo ya había experimentado lo que era la tentación en grado sumamente serio. Se nos informa de que después de su bautismo en el río Jordán, “*Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo*” (Mateo 4:1).

Fue una prueba angustiante y extenuante de la que salió completamente triunfante. Y, sin embargo, fue una prueba de tal magnitud que leemos que “*vinieron ángeles y le servían*” (Mateo 4:11). Habiendo pasado victoriosamente esta prueba sobre su archienemigo, nuestro Señor sabía muy bien que la tentación es una prueba extenuante para cualquiera.

No cabe duda, por lo tanto, de que una de las razones por las que incluyó esta petición en su oración es el misericordioso interés y la profunda preocupación que tiene por sus seguidores. Sintióse tocado por nuestras debilidades, le estremecía el pensamiento de que fuésemos expuestos a tentaciones semejantes a las que sufrió él.

Uno de los aspectos maravillosos de las tentaciones de nuestro Señor es el carácter absolutamente definitivo con el que derrotó completamente al tentador, ese antiguo adversario, Satanás. Ni se planteó la posibilidad de ceder. Ciertamente es que Cristo no podía pecar, pero también es cierto y esto es mucho más glorioso que se negó a pecar.

El primer Adán cedió ante Satanás cuando fue tentado. Como consecuencia de su derrota el pecado entró a formar parte de nuestra herencia humana. El último o postrer Adán (Cristo) no cedió un ápice ante Satanás cuando fue tentado. Como consecuencia de su victoria en cada uno de los casos, la justicia está a disposición de quienes siguen sus pisadas, es decir los que son hechos miembros de la familia de Dios.

A pesar de esto, subsiste en nosotros la tendencia a ceder ante la tentación. En el mejor de los casos somos frecuentemente derrotados en las luchas con el maligno. Jesús lo sabía. Lo entristece profundamente comprobar que sus seguidores sucumben ante las hábiles y astutas tácticas de Satanás.

Cuando supo que Pedro iba a ser seriamente tentado a negarlo poco antes de su crucifixión le dijo: *“Pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte”* (Lucas 22:32) ¡Qué solicitud la del Señor!

Previno a los once discípulos que lo acompañaron al jardín de Getsemaní, con estas palabras:

Mateo 26:41 “Velad y orad, para que no entréis en tentación: el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil”

Básicamente la afirmación que antecede vierte en lenguaje muy claro y sencillo todo el problema de la tentación para los hijos de Dios. Si realmente hemos nacido en la familia de Dios, con seguridad que hemos de ser tentados más que en el caso contrario. La razón de esto es que el enemigo de nuestra alma disputa con el Espíritu de Gracia de nuestro Dios por el control de nuestra vida.

Es sumamente importante tener presente que la tentación a hacer lo malo es esencialmente una lucha espiritual que involucra la voluntad. Casi siempre el combate se lleva a cabo en la esfera de las pasiones (deseo) personales. Es por esto que nuestro Señor dijo que el espíritu que está dentro de nosotros está dispuesto a hacer lo que se ajusta a la voluntad de Dios, pero que la carne, la personalidad humana, la vieja naturaleza, es lo que se dobla en la lucha por la justicia.

Las tentaciones que asaltan a los hijos de Dios tienen su origen en Satanás, el gran engañador, como se llama, y en nuestra propia concupiscencia. Hasta el creyente más

débil puede a veces alcanzar grandes alturas de heroísmo en catastróficos momentos de crisis. En cambio Satanás procura atacarnos por el lado de nuestra egoísta e incontrolada terquedad. Nos tienta a oponer nuestra propia voluntad a la de nuestro Padre, mediante el recurso de apelar a tres aspectos pasionales de nuestra personalidad.

Estos tres aspectos se comprenderán mejor y más fácilmente si hacemos un esquema. Veremos que Cristo fue tentado en el desierto siguiendo exactamente este orden:

LOS SÚTILES MODOS DE APROXIMACIÓN DE SATANÁS A MI PERSONA SE EFECTUAN POR LA VÍA:

- 1.- DE LA EMOCIONES, es decir apelando a la satisfacción propia y la auto-gratificación. Cristo fue tentado a transformar las piedras en pan.
- 2.- DE LA MENTE, la razón; es decir, apelando a la protección o conservación de mi mismo, al razonamiento independiente. Cristo fue tentado a tirarse de la cima del templo hacía abajo.
- 3.- DE LA VOLUNTAD, el yo, el ego; es decir, apelando a la autopromoción, a hacer valer mis propios derechos o facultades. Cristo fue tentado a aceptar el ofrecimiento del dominio sobre los imperios del mundo.

Lo aterrador de estas tácticas diabólicas es que Satanás generalmente elige para tentarme los aspectos de la personalidad que no están todavía bajo el control absoluto del Espíritu Santo de Dios. Sabe muy bien que es mucho más factible que sucumba a sus insinuaciones en los puntos donde todavía puede tener alguna influencia sobre mi persona.

La prueba se transforma así en una clara demostración de quién es el que realmente está en el timón de cualquier aspecto de mi vida. ¿Será Dios o será el diablo? Consiguientemente, para el hijo de Dios, toda la lucha está en decidir si Cristo, por medio de su Espíritu, es el que me dirige, o si Satanás, valiéndose de mi viejo yo, el que me maneja.

Esta fue la razón que llevó a Pablo a escribir tan enfáticamente a los Gálatas las siguientes palabras:

Gálatas 5:16-17

“Andad según el Espíritu, y no cumpliréis los deseos (pasiones) de la carne.

Porque la carne codicia contra el Espíritu, y el Espíritu contra la carne; pues que éstos son contrarios entre si; de modo que no podéis hacer las cosas que quisiereis”

Si acaso encuentro un área de mi vida en la que repetidamente sucumbo ante la tentación, es porque allí el yo, mis viejas pasiones, mi vieja naturaleza, mis antiguos deseos, ejercen el control, antes que el Espíritu de gracia.

Por esta razón, todo hombre o mujer que realmente desea someterse enteramente a la dirección del Espíritu de Dios tiene que entregarle el control de todas las áreas sin excepción. A menos que hagamos esto, mediante un acto consciente y deliberado de la voluntad, las áreas exceptuadas constituirán una cabeza de playa desde la que el enemigo lanzará constantemente otros ataques.

De manera que afirmar que es Dios el que permite que dicha tentación no desaparezca equivale a no entender cuál es la verdadera naturaleza de la tentación. Santiago, en su modo característico, muy práctico y pragmático, explica la tentación de esta forma:

Santiago 1:13-15 “Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie;
Sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia (las pasiones) es atraído y seducido.
Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte”

Nuestro maestro sabía esto. En razón de las deplorables consecuencias que acompañan a toda derrota frente a la tentación nos instó a orar para que no fuésemos expuestos a ella.

A veces he deseado que esta petición tuviese un agregado en los siguientes términos: “Y no nos metas en tentación, sino guíanos por tu Espíritu”.

Desde luego que esto es justamente lo que nuestro Padre procura hacer. El problema está en que no siempre somos sensibles u obedientes a las propuestas de su Espíritu tan lleno de gracia. No siempre estamos dispuestos a entregarle el control de nuestros actos. No estamos enteramente convencidos de que pueda manejar nuestros asuntos. No siempre estamos dispuestos a elegir su camino. Es entonces cuando el yo se vuelve a afirmar, y cada vez que esto ocurre el campo está libre para que Satanás nos tienta.

En casi todos los casos en que ocurre esto no es nuestro amante Padre celestial el que nos ha llevado a ese punto. Es nuestra propia independencia y terquedad. Es lo que hemos elegido. Las únicas excepciones son aquellas ocasiones en que Dios permite que seamos tentados y expuestos a penurias y privaciones a fin de aumentar nuestra confianza en él. Porque es allí es donde él nos muestra su asombrosa habilidad para liberarnos triunfalmente de las tentaciones. La fe en su fidelidad se fortalece. El carácter se conforma más al de él.

También conviene recordar siempre que él no permite que seamos tentados en mayor medida de lo que podremos soportar o aguantar (1 Corintios 10:13; Hebreos 2:18).

Con frecuencia hay confusión y honda inquietud, especialmente cuando se trata de creyentes nuevos a quienes asalta la tentación. A menudo se piensa que la misma inclinación a hacer el mal es en sí misma pecado. Pero no es así. Ser tentado no es lo mismo que pecar. En cambio, si es pecado dar lugar al enemigo y permitir que ejerza dominio sobre nosotros, de modo que obremos en forma contraria a la voluntad y a los propósitos de nuestro Padre.

Hay seis pasos que se suceden unos a otros y que llevan a la derrota frente a la tentación.

El primer paso en la tentación es, con frecuencia, el menos obvio. Satanás nos induce a pensar, falsamente, que ningún mal que hagamos reviste verdadera gravedad. De algún modo, en formas muy sutiles, nos convence de que ejercer nuestra propia voluntad, y manifestar egocentrismo en contraposición a la voluntad del Padre, no es algo crucial. “Después de todo”, nos insinúa, “¿acaso tu Padre Dios no es amante, misericordioso y perdonador? ¿Qué importancia tiene que cometas un desliz y cedas un poco de terreno?”

Segundo, Satanás nos hace ver (ya sea en la realidad o en la imaginación) a alguien, algo, o alguna situación que está seguro que apelará a nuestra vanidad o a nuestros deseos. En otras palabras, nos presenta un cuadro que despierta en nosotros alguna pasión o deseo.

Tercero, esto produce una reacción poderosa dentro de nosotros, a menos que ya conozcamos su táctica, y despierte en nosotros un deseo profundo y urgente. Con frecuencia algo agradable y muy razonable, o como algo que nos conviene hacer por el gran beneficio personal que nos reportará.

Cuarto, comenzamos a acariciar la idea. Dejamos que la imaginación considere las posibilidades. Nos resulta placentero pensar en lo que se nos propone. En forma creciente nos atrae el aceptarlo. A esta altura ya hemos sucumbido a la astucia de Satanás y hemos cedido terreno. ¡Aquí es donde pecamos contra Dios!

Pero la acción nos ha terminado. Una vez que sucumbimos a la tentación, las consecuencias son desastrosas. Nos hemos hecho esclavos del pecado y de Satanás, en el área de que se trata estamos bajo sus órdenes.

Quinto, procedemos a actuar de conformidad con lo que en forma tan hábil y sutil nos fue presentado. Pero en el momento mismo en que lo hacemos nos viene la mortificación y el desconsuelo debido a la derrota. Nos sentimos deprimidos y descorazonados. ¡Pero el diablo está encantado!

El sexto y último paso consiste en disimular la derrota. Procuramos esconder el desastre tanto de Dios como de los demás, o buscarle una explicación. Esto rompe la comunicación con nuestro Padre. A esta altura nos sobrecoge una sensación de honda desesperación y pecado.

Un cuidadoso análisis de la secuencia de sucesos en la tentación de Adán y Eva nos mostrará los seis pasos en un caso concreto.

- 1.- Satanás le hizo creer que en realidad la acción de comer la fruta prohibida no habría de tener consecuencias serias (Génesis 3:4)
- 2.- Le presentó un cuadro en el que ellos mismos se convertían en dioses y adquirirían el conocimiento del bien y el mal, si comían la fruta prohibida (Génesis 3:4-5)
- 3.- Esto les resultó sumamente atractivo. Despertó en ellos el deseo de ser grandes y sabios. Parecía una propuesta agradable y razonable (Génesis 3:6)
- 4.- En consecuencia, alargaron la mano y tomaron la fruta. La aceptaron. La comieron. La recibieron plena y decididamente. Esto es ejercer la propia voluntad por oposición a la voluntad de Dios. Constituía pecado (Génesis 3:6)
- 5.- El resultado fue que de inmediato se dieron cuenta de que habían sido engañados. Fueron despojados. Fueron estafados. Quedaron desnudos y avergonzados. Se sintieron desconcertados y mortificados (Génesis 3:7)
- 6.- Intentaron esconderse de la presencia de su Padre Celestial, y se interrumpió la comunicación franca, abierta y sincera con él (Génesis 3:8).

Cuando Dios vino a verlos los encontró tratando desesperadamente de esconderse de él. Dios llamó a Adán: “¿Dónde estás tú?” NO es que no supiera. ¡Claro que sabía! Aquí, por primera vez, un hijo de Dios había sucumbido ante las tácticas de Satanás, y se encontraba separado de su Padre. ¿Era consciente de ello Adán? Lo que en realidad le estaba preguntando Dios era esto: “¿Sabes dónde están, Adán?” ¿Sabemos dónde estamos cuando somos derrotados? Es indudable que la razón que llevó a Cristo a orar diciendo “no nos metas en tentación”, está en la secuencia de pasos relacionados con la tentación y que determina el alejamiento del lado de nuestro Padre. No queremos ser separados de Aquel que tanto nos ama. No queremos caminar a la distancia. No queremos ser hijos desalentados, derrotados.

Afortunadamente no hemos quedado sin claras indicaciones sobre cómo contrarrestar la tentación. Hemos recibido instrucciones explícitas sobre cómo manejar la situación. Y los pasos que llevan a la victoria en este campo son tan claros y precisos como lo son los que llevan a la capitulación y a la derrota.

A esta altura es preciso dejar en claro otra cuestión. La tentación no es en sí misma una experiencia necesariamente mala. Constituye parte del plan de nuestro Padre para lograr seguidores de carácter firme y con virtudes semejantes a las de Cristo. Cuando nos creó como seres libres sabía que nos veríamos frente a incesantes elecciones entre el bien y el mal. Nuestro carácter como hijos de Dios es la suma total de las elecciones que hacemos en medio de una vida llena de tentaciones. La tentación es, desde el punto de vista de Dios, el gran campo de prueba para el creyente.

Es la disciplina a que somos sometidos a medida que vamos creciendo y adquiriendo madurez. Ella puede servir para ayudarnos a adquirir una creciente cantidad de vida bajo la dirección del Espíritu Santo.

instancia se trata de que Satanás, apelando a nuestro yo (a esa voluntad autónoma), logra hacernos pecar. Influye sobre nosotros de modo que ejercitemos la voluntad propia en contraposición con la expresa voluntad de nuestro Padre celestial. Esto es pecar.

Es por ello que Cristo nos enseñó a orar categóricamente con estas palabras: *“Libranos del mal (del maligno)”*.

Para nosotros resulta tremendamente alentador saber que esta petición puede tener una respuesta positiva. Es alentador para el Espíritu saber que podemos ser librados del mal y del maligno. Cuando sabemos que somos hijos plenos de Dios, el alma se siente estimulada y la voluntad se fortalece. Es factible sentir la presencia y el poder de Aquel que nos puede salvar de Satanás, del pecado y de nuestra propia voluntad egoísta. No es ineludible el que seamos seducidos, atrapados y atormentados por el enemigo de nuestras almas. Podemos triunfar sobre la tentación. Cuando somos conscientes de esto podemos salir del camino de la desesperación para iniciar un deleitable andar con nuestro Padre.

Nuestro Maestro no se dedicaba a hablar ambiguamente. No se expresaba de un modo, cuando en realidad estaba pensando de otro. No habría de enseñarnos a pedirle a nuestro Padre celestial que nos libre del mal en caso de que esto fuese imposible. No habría de instruirnos a que orásemos para ser librados de situaciones malas si nuestro Padre no pudiera hacer nada por nosotros. Pero la realidad es que si puede. Y en esto radica, en buena medida, la gloria y el gozo de conocer a Dios como Padre

Jamás olvidemos que nuestro Padre no quiere que sucumbamos ante la tentación. No quiere que caigamos. No quiere vernos sumidos en la desesperación, luchando con nuestro propio yo, ensuciándonos con el pecado. Dios quiere que, como hijos que van creciendo y madurando, vayamos adquiriendo fuerzas a fin de que podamos caminar serenamente con él, disfrutando de la hermosura de un compañerismo vigoroso íntimo y limpio.

A veces nos ayuda a entender mejor lo que es la tentación si la analizamos desde la perspectiva del Padre, más bien que desde la nuestra. Nuestro Padre Celestial tiene exactamente la misma actitud hacia nosotros, sus hijos, que la que tiene un padre inteligente y cariñoso para con sus propios hijos. El amor y el interés que manifiesta hacia su hijo un padre bueno, se expresa mejor en un hondo deseo de que su hijo crezca y se haga fuerte y maduro, de modo que pueda entablar con él una relación rica y valiosa.

Exactamente lo mismo se da entre Dios y sus hijos.

El padre terrenal sabe que el hijo no llega a la madurez en un día. Todo sabemos que antes de caminar se anda a gatas. Antes de poder correr hay que aprender a caminar. Antes de poder saltar hay que saber correr. Es cuestión de aprender por grados. Cada etapa involucra un periodo de pruebas, de intentos, de caídas. Los que hemos criado hijos conocemos muy bien los temores y las angustias, como también las alegrías, que se experimentan al verlos crecer.

Así es, igualmente, con nuestro Padre Dios. Habremos visto lo que pasa con un niño pequeño que está luchando por ponerse de pie. Cuando da los primeros pasos se tambalea y zigzaguea inciertamente procurando evitar caerse.

¿Qué hace el padre o la madre? Lo tiene de la mano, lo ayuda afirmarse, lo guía con cuidado, lo alienta para que vuelva a empezar. Esto es justamente lo que hace con nosotros nuestro Padre Celestial.

El pequeño se cae de bruces, se golpea la nariz y la frente, y se pone el ojo negro. ¿Qué hacen los padres? ¿Se enojan, lo retan, lo castigan? ¡Por cierto que no! Por el contrario lo levantan en brazos, lo besan hasta que deje de llorar, lo abrazan con ternura y le sacuden la tierra que se le ha pegado la ropa.

Este es, justamente, un cuadro de nuestro Padre celestial también.

A medida que pasan los meses, y los años se suceden unos a otros, vemos cómo el niño adelanta paso a paso, incesantemente. Primero camina, luego corre. Salta, realiza excursiones, escala montañas; todo ello con la ayuda, la dirección y el aliento de los padres. Sabe que los padres lo aman, que le están dando toda la ayuda necesaria para que siga probando, para que siga progresando, para que no ceje hasta lograr el éxito. Y ante cada uno de sus éxitos los padres expresen su vivo interés y su jubiloso entusiasmo.

Así ocurre también en nuestro andar con nuestro Padre Celestial.

Cuando podemos vernos de este modo, procurando madurar espiritualmente, como el niño que lucha por progresar físicamente, nos vemos desde una perspectiva nueva y diferente. La inclinación a caer, la tentación a dejarnos arrastrar, los intentos de levantarnos, de caminar, de saltar, no son cosas que tengamos que intentar solos.

Nuestro Padre está muy cerca. Está siempre dispuesto, listo, ansioso por extender la mano para ayudarnos en el momento que lo necesitemos.

¿Nos sorprende, por o tanto, que nuestro Señor haya incluido esta petición en su oración ejemplar? “¡Padre, líbranos del mal!”

No debemos perder de vista, tampoco, que no importa cuántas veces caigamos, o cómo; nuestro Padre está allí esperando para levantarnos y restaurarnos ¿Por qué? Sencillamente porque somos sus hijos, porque nos ama y porque sabe que únicamente a medida que vamos creciendo vamos asemejándonos a él.

Vistas de este modo, nuestras luchas contra el pecado, Satanás y nosotros mismos, dejan de ser esas pruebas tan terribles según nuestro parecer. En cambio constituyen pruebas y desafíos que pueden fortalecer nuestra decisión de seguir adelante con Dios. Inspiran en

nosotros un deseo de llegar a ser hombres y mujeres fuertes con los que nuestro Padre celestial ha de querer asociarse.

Existen tres modos definidos, claros, sencillos y positivos por los cuales nuestro Padre celestial nos libra del maligno. Al primero de ello ya hemos aludido más arriba. Es el siguiente: que siempre está presente donde lo necesitamos. Estará siempre a disposición. Si somos hijos suyos, su Espíritu de gracia mora en nosotros. Y cuando nos viene la tentación, todo lo que tenemos que hacer es recordar que él está allí, y en forma decidida y concreta volvernos hacía él.

Muchas veces resulta efectivo dirigirnos a él en voz alta. Digamos algo por el estilo de lo siguiente: “Padre mío, esto es algo superior a mis fuerzas. No me siento capaz de salir airoso. ¡Pero tú puedes ayudarme! Te ruego que extiendas tu mano, y que por tu Espíritu, me ayudes a soportar. Dame tal sensación de tu presencia por medio de tu Espíritu, que sienta la fortaleza necesaria para atravesar esta situación sin caída ni tropiezo”.

La reacción positiva del Altísimo Dios a una oración tan simple, sincera y humilde como ésta, proporciona instantáneamente una tremenda fortaleza al alma que se siente tentada al mal. Se adquiere una profunda conciencia de la presencia de Cristo en la persona de su Espíritu. En ese mismo momento la tentación pierde su poder. El impacto del mal se desvanece, e inunda el alma una asombrosa sensación de triunfo. La presencia de Dios proporciona un sublime poder. De este modo los hijos de Dios se sienten reafirmados en su fe y las fuerzas del mal son derrotadas.

El segundo medio por el cual nuestro Padre celestial nos libra del mal es, en realidad, un método más bien casero, pero muy oportuno. Por medio de su Espíritu nos dota de sentido común espiritual y espera que lo usemos para evitar las tentaciones. Pablo trató de ayudar al joven Timoteo de este modo cuando le escribió las siguientes palabras: “*Huye de estas cosas malas*” (1 Timoteo 6:11).

Todos sabemos muy bien cuáles son los aspectos de nuestra vida en los que somos más propensos a sucumbir al mal. Sabemos cuáles son las circunstancias y los lugares donde es más fácil que seamos presa de las artimañas de Satanás. Sabemos cuáles son las personas que con más facilidad influyen sobre nosotros para que hagamos, digamos o pensemos cosas malas. Si realmente queremos ser personas grandes y fuertes para la gloria de Dios es un acto de absoluta locura y pura estupidez frecuentar dichos lugares o asociarnos a tales personas. No tenemos ningún derecho a exponernos innecesariamente a situaciones peligrosas o a elegir compañías inadecuadas, o a prestar oído a malas sugerencias.

El niño sabe muy bien que si juega a orillas de un lago resbaladizo se puede caer. Probablemente ya se cayó antes y sus padres le han advertido del peligro. Con todo, a veces insiste en jugar allí. Repentinamente resbala y se cae. Lo levantarán nuevamente, pero esta vez lo recriminarán, y tal vez lo castiguen, incluso. ¿Por qué? Porque el niño desobediente deliberadamente se expuso al peligro. El regaño y el castigo le fueron

impuestos por amor y para su bien. Así es también con nuestro Padre. Espera que utilicemos la inteligencia que él nos ha dado para evitar que caigamos.

Si no tenemos la fortaleza espiritual necesaria para evitar acercarnos a situaciones en las que sabemos que vamos a pecar, pidámosle a Dios que se adueñe de nosotros por medio de su Espíritu de tal modo que podamos hacerlo. Dios ha prometido dar su Espíritu a quien se lo pida (Lucas 11:11-13). El momento en que lo hagamos con absoluta sinceridad, descubriremos que efectivamente Dios obra en nosotros haciendo que deseemos hacer y podamos hacer, su buena voluntad (Filipenses 2:13). Encontramos que realmente tenemos el valor necesario para levantarnos y escapar de las situaciones en que podríamos caer en pecado.

Cuando lleguemos a este punto veremos que sentiremos tanto el deseo como la disposición para ir a donde conviene, hacer lo que corresponde, asociarnos con las personas adecuadas, pensar lo que debemos pensar, y evitar lo que no conviene

Las Escrituras están llenas de conmovedores relatos de hombres y mujeres que se negaron decididamente a dejarse envolver en situaciones comprometedoras donde habrían de ser atraídos por el mal. Decidieron firmemente que no irían a ningún lugar ni se asociarían a ninguna persona que pudiera influir para volverlos vulnerables al maligno.

El tercer método que nos ha dado nuestro Padre celestial para hacer frente al mal es la capacidad de luchar. Es ineludible que nos veamos en situaciones donde sorpresivamente tendremos que luchar con Satanás o el pecado, o con nuestro viejo hombre, casi sin previo aviso, de modo que se puedan tomar las medidas del caso para evitarlo. Nos vemos envueltos en una lucha con el mal, y la lid resulta feroz. ¿Qué hacer en este caso?

En tales circunstancias a veces no sentimos la presencia serena y reconfortante de nuestro Padre. Parecería que las fuerzas del mal nos rodean de tal forma que están rotas las posibilidades de comunicación con Dios. Y aun cuando apelemos a él, no pareciera haber respuesta, o, por lo menos es lo que nosotros imaginamos. Muchas son las personas que se quejan de que en tales situaciones críticas se sientan completamente abrumadas y derrotadas por el maligno.

¿Existe alguna estrategia para vencer a Satanás en estos casos? ¿Hay algo a disposición del hijo de Dios con lo que pueda lanzar un contra ataque y vencer al enemigo? Si, claro que lo hay.

En Santiago 4:7 se nos dice con toda claridad: *“Resistid al diablo, y huirá de vosotros”*. Hay un sentido en que Dios espera que sus hijos sean valientes y decididos para contraatacar a Satanás. Con demasiada frecuencia cedemos el terreno al enemigo de las almas sin ofrecer la menor resistencia. Sencillamente nos deslizamos hacia el pecado sin luchar. Esto no debiera ocurrir. El Espíritu que Dios nos ha dado no es un Espíritu de temor, sino, más bien, de poder, de amor y de dominio propio (2 Timoteo 1:7). No deberíamos, ni necesitamos, sentir temor alguno de resistir al mal y al maligno.

Cuando sabemos perfectamente lo que corresponde y lo que es recto y correcto, u de conformidad con los deseos de nuestro Padre, tenemos que tener la valentía suficiente para ponernos de ese lado. Y esto lo podemos hacer con la ayuda del Espíritu y con las fuerzas que nos da nuestro Salvador, por cuanto él mismo demostró que es posible vencer el mal. Después de todo, Cristo ha vencido al maligno. No debemos sentir recelo alguno en que Satanás sepa que tenemos conciencia del poder que es nuestro y de los enormes recursos que son nuestros como miembros de la familia de Dios.

Es digno de notar que, toda vez que Cristo fue tentado o atacado por Satanás, reaccionaba de inmediato dirigiéndose directamente a su contrincante. Valiéndose de la espada del Espíritu, la Palabra de Dios, vencía al maligno con golpes rápidos y certeros. Ponía en ello toda su diligencia divina y su fibra espiritual. Generalmente la contienda terminaba en cuestión de unos breves minutos, tras lo cual Cristo surgía triunfante.

Si queremos estar debidamente armados para resistir al maligno tenemos que equiparnos con la Palabra de Dios. Leyéndola diariamente, meditando en ella, aprendiéndola de memoria, estaremos en condiciones de luchar tal como lo hizo nuestro Señor

Vivimos en una época en que es común que muchos cristianos atribuyan buena parte de sus pruebas y problemas al maligno. En parte es posible que sea cierto. Pero como hijos de Dios tendríamos que darle menos crédito de lo que lo hacen muchas personas. Porque, aunque sea gobernador del presente mundo malo, aunque sea príncipe de la potestad del aire, aunque tenga una cohorte de espíritus malignos a sus órdenes, no tiene dominio alguno sobre los hijos de Dios; ni tiene, tampoco, poder para tentarlos o atormentarlos, salvo con la expresa autorización de nuestro Padre que está en los cielos.

1 Juan 5:18

“Sabemos (en forma absoluta) que todo el que haya nacido de Dios no practica (deliberadamente y a sabiendas) el pecado, porque el Hijo de Dios lo cuida y, además, lo protege celosamente la presencia divina de Cristo en él lo preserva del mal y el maligno no puede tomarlo ni tocarlo” (versión ampliada).

Es sumamente importante que entendamos esto, porque nos coloca en una posición muy fuerte. Comprenderemos así que estamos amparados por la constante, eterna y amante protección de Dios mismo. Comprenderemos que estamos dentro de la gran fraternidad de la familia de Dios, donde no puede alcanzarnos ningún ataque, a menos que los propósitos de Dios lo permitan. Y aun en este caso, tiene el sentido de obrar en nuestro propio beneficio.

El ejemplo clásico de esto es la vida de Job. Fue sólo porque Dios mismo se lo permitió, que Satanás pudo tentar a Job en la forma en que lo hizo. Y sin dicho permiso no se

hubiera atrevido a tocar a la familia de Job, ni sus posesiones, ni su persona. Pero, cuando la terrible prueba llegó a su fin, el resultado para Job fue de gran beneficio y bendición.

No olvidemos jamás que, de lo que pareciera ser un mal, nuestro Padre Dios puede extraer grandes bendiciones para sus hijos, y de hecho lo hace.

Cuando nos encontramos frente al mal no tenemos por qué sentir temor. La persona que camina con su Padre Dios recibe incesantemente la serena seguridad e que todo saldrá bien. Nuestra confianza radica en el carácter y el poder de nuestro Padre, que es quien nos libra. Dios cumple sus promesas para con nosotros sus hijos. El sabe exactamente por qué somos atacados por el mal en cada caso. ¡Alabado sea su maravilloso nombre, porque él puede librarnos del mal!

Judas 24-25

“Y Aquel que es poderoso para guardarnos sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén”.